

Jesús Rubio Jiménez. José María Palacio Girón. Un regeneracionista aragonés en Castilla. Huesca. Instituto de Estudios Altoaragoneses. 2022. 476 pp.

Antonio Martín Barrachina
Universidad de Zaragoza

El 1 de agosto de 2020, cuando se cumplían ciento ocho años de la muerte de Leonor Izquierdo Cuevas, Soria recuperó el modesto homenaje público que, promovido desde *El Porvenir Castellano*, los amigos de Antonio Machado le rindieron en 1924, depositando unas flores en la tumba de su joven esposa y recitando algunos de sus versos. Con el homenaje, afianzado hoy como acto inaugural de la feria Expoesía, se realizaba también, por vía interpuesta, el cometido que, en la primavera de 1913, Machado, que apenas empezaba a reponerse de sus horas más bajas, había hecho desde Baeza a José María Palacio, lector privilegiado de esa epístola en verso («Palacio, buen amigo...») que constituye uno de los ejemplos más elevados de la poesía española contemporánea. Con la conversión de la vida en literatura y esta, a su vez, vuelta historia, la comunicación íntima de esos versos, de cuyos reversos desgarrados solo eran conscientes los amigos en la distancia, ha sido la única custodia del recuerdo de José María Palacio Girón, nacido en 1880 en Rasal, pueblo de Huesca, y encargado de cuidar la tumba de Leonor («cierto papel que al corazón estrecha. /Vedle subir con flores al Espino», en versos de Gerardo Diego) hasta 1922, como una nota a pie de página en el poema machadiano.

Jesús Rubio Jiménez, artífice y participante de la recuperación del homenaje en el cementerio soriano de El Espino, ya se había

interesado por Palacio en los últimos años en *Palacio, buen amigo (Historia regeneracionista castellana)*, La Fuente de los Incrédulos, 2018, y a propósito del homenaje a Leonor, en *Donde está su tierra*, Olifante, 2021). Ahora suma a su ya abundante trabajo de índole biográfica – en el que se ha ocupado por extenso de la familia Bécquer y Augusto Ferrán, o centrado en episodios más específicos, de Valle-Inclán y Pérez Galdós y Antonio Machado, de Cortázar y Daniel Devoto– este libro en el que para recuperar la figura y la obra del aragonés conjuga la biografía, el análisis crítico y, cediendo la palabra al personaje, la antología personal.

El libro hace valer desde el inicio la frase de Julio Cortázar en *Los premios* según la cual la biografía constituye la «primera etapa de una buena amistad». Y así, JRJ (el lector resolverá las iniciales) comienza recordando los versos de don Antonio y Gerardo Diego antes de abordar lo olvidado de la historia. Valiéndose de fuentes de primera mano (partidas de nacimiento y defunción, expedientes académicos, instancias burocráticas), documentación inédita (entre otros, una carta de Leonor a doña Ana Ruiz y a la esposa de Manuel Machado) y abundante material gráfico, con numerosas reproducciones ofrecidas al lector (manuscritos de Palacio y páginas de la prensa, fotografías familiares del archivo personal de sus herederos y de la tumba, donde figura erróneamente, según se deduce de la partida, el nacimiento en 1883), reconstruye la trayectoria vital del «buen amigo» de Machado en los dos primeros centenares de páginas. Completados sus estudios de Magisterio en Huesca, Palacio llegó a Soria en 1901 para desempeñar el puesto, ganado por oposición, de escribiente en la Diputación Provincial, en su Sección de Montes. Las vicisitudes de la figura se van conjugando en el relato con el trazado de su paisaje, con especial atención al de Soria, cuyo ambiente intelectual, desplegado en torno a una interesante galería de personajes (los catedráticos José Lafuente Vidal y Francisco Santamaría Esquerdo, el topógrafo Manuel García Ardura y, por supuesto, Antonio Machado), muy cercanos, en su mayoría, a la Institución Libre de Enseñanza y sus presupuestos, ayudó a Palacio a ensanchar sus miras y tomar conciencia de la situación de España en sus distintos territorios y aun desde el extranjero (pues en las excavaciones de Numancia, en las que participó gracias a García Ardura, jugaba un importante papel una delegación alemana

encabezada por el arqueólogo alemán Adolf Schulten). Ese clima intelectual, unido al bienestar personal en torno a la familia formada con Heliadora Acebes Maza, prima de Leonor Izquierdo, le serviría de estímulo para reconducir su profesión («sin ascenso, pero en Soria», según reza una nota, conspicua declaración de intenciones, en su expediente en el Ministerio de Fomento), hacia la enseñanza, movido también de un afán temprano, según evidencia la atenta lectura de su documentación burocrática, por medrar profesional y laboralmente gracias al esfuerzo para mejorar su situación y la de su familia. Así, tras un tiempo como auxiliar gratuito, consiguió ser, por oposición, profesor en la Escuela Normal de Maestros.

En cuanto llegó a Soria, Palacio se integró en la vida social y cultural, y es este, el del activismo social, el compromiso con su tiempo y con sus gentes, uno de los ángulos más opacos de Palacio. Por ello, JRJ se interesa en ilustrarlo con detalle, explicando cómo, en esas actividades, se encargó de «demostrar que el patriotismo era algo más que grandes palabras, esos burladeros que ocultan casi siempre motivos mezquinos». La lista de asociaciones que contaron con su concurso es amplia: fundador de la Asociación de la Prensa Soriana; conferenciante, con Machado y Francisco Santamaría, en la Federación de Obreros de Soria; miembro de la Cruz Roja; secretario y responsable de cuentas de la Asociación de Caridad; contador de la Asociación de Obreros... Y aun se completa con su participación constante en la vida cultural, con la sociabilidad aneja: asistente al teatro y reseñista de obras; secretario y jurado de numerosas iniciativas municipales; tertuliano; promotor del Ateneo y de la mejora de la Escuela Normal de Maestros (antes de ser titular).

Consideración aparte merece su labor como periodista, ya iniciada en Huesca con algunas corresponsalías municipales, que intensificó en Soria con especial ahínco. Recién llegado, comenzó a colaborar con el *Noticiero de Soria* y *El Avisador Numantino*, llegando a ser redactor jefe de *Tierra Soriana* y, después, fundador, con Machado y Marcelo Reglero, de *El Porvenir Castellano*—cuyo transcurso historia JRJ con cierto detalle— que dirigió desde su fundación (1 de julio 1912) hasta 1918 y en el que aparecieron colaboraciones y escritos de los Machado y Unamuno, de Benavente y Juan Ramón Jiménez (en él publicó *La soledad sonora*), de Valle-Inclán y Rubén Darío, de Baroja y Azorín.

Como no podía ser de otro modo, dado el punto de partida, la relación de Palacio con Machado ocupa uno de los capítulos más extensos del libro, pero según la tentativa de ir más allá de la «imagen tópica» del mero cantor del paisaje cuyo amor fue quebrado por la muerte. Sin perder de vista el objeto del libro, Palacio cede mayor espacio al poeta y, con él, el JRJ biógrafo hace lo propio con el JRJ historiador y profesor de literatura, reconstruyendo las vivencias y avatares de ese Machado en transformación que culminaría en la segunda edición de *Campos de Castilla*, y explicando magistralmente los poemas (las observaciones sobre la configuración de la trayectoria de Machado o sobre los versos que leyó en una conferencia en la Sociedad de Obreros son impecables) que ayudan a adentrarse por las galerías del alma de un poeta a través de lo que late en los entresijos de sus versos. A su vez, no escapa que Machado fue durante mucho tiempo una de las referencias fundamentales de la educación sentimental de tantas generaciones –de lo que, entre otras cosas, ya se ocupó JRJ en un importante libro: *La herencia de Antonio Machado (1939-1970)* (PUZ, 2018)–, algo que no deja de concebirse como una suerte de prolongación de esos preciosos diálogos en la distancia que, desde la muerte de Leonor y la marcha del poeta de Soria, mantuvieron Machado y Palacio, preservando el segundo su recuerdo en las tierras sorianas con la presencia continua de sus versos en la prensa y homenajes.

Al ocuparse de la amistad entre ambos, queda manifiesta la afinidad regeneracionista, quizá más intelectual y voluntariosa que ideológica o imperativa, pero sobre todo la sintonía personal con Machado; el reconocimiento mutuo como «amigos del alma» y «hermanos en el dolor», pues Palacio perdió a dos de sus hijas (la primera apenas nacida; la segunda a los cuatro años), a las que evocaría después, desde Valladolid, en el artículo en que suscribía el homenaje a Machado en 1924, como los «girones de mi alma». Profundizando en la relación personal, JRJ da cuenta también de algunas polémicas, como la ocurrida en 1911 al publicar Palacio en *Tierra Soriana* el poema machadiano «Por tierras del Duero» (aparecido, poco antes, en *La Lectura*), en el que «el pico regeneracionista de raíz krausista percutía contra la dura roca provinciana», lo que le valió a don Antonio el recelo de los sectores más reaccionarios, y a Palacio, el distanciamiento con su periódico, pues el poema fue contrahecho en una versión burda,

aparecida dos días después en el *Noticiero de Soria*, que esquilmba los males denunciados por el poeta (la barbarie, el caciquismo, la envidia) y los volvía, con el atrevimiento de la ignorancia y la obcecación de la ceguera deliberada, en virtudes atávicas por las que mostrar orgullo o ruindades nunca acaecidas en esa tierra.

En 1922 Palacio cambió Soria por Valladolid, donde continuó ejerciendo sus labores profesionales de funcionario y profesor y se integró con rapidez en la vida cultural: miembro de la junta del Ateneo, del jurado y la asociación de prensa... Por entonces, sus colaboraciones periodísticas, aparecidas inmediatamente en los medios vallisoletanos, afianzaron su reconocimiento y su imagen personal que, sin embargo, con los rumbos del país, se iría resintiendo sin remedio. Su integración en periódicos como *Diario Regional*, de un catolicismo integrista, fueron minando su independencia, en una «deriva ideológica de derechización» que, diluyendo sus ideas de antaño en un reformismo tibio y bienintencionado, defensor a ultranza de sociedad de orden, y de un paternalismo utópico en sus propuestas agrarias, hubo de culminar, tras el fracaso del golpe de estado y el estallido de la Guerra Civil, en un alineamiento sin fisuras con la Falange y los sublevados que, con todo, no pudo ir más allá del 22 de noviembre de 1936, cuando murió repentinamente. «Los dioses cuando quieren destruir a los hombres primero los ciegan», sentencia JRJ. Y en efecto, desde el estallido de la Guerra Civil la pluma de Palacio se puso con especial ahínco al servicio de la causa rebelde (cuánto respondía a la convicción y cuánto a la necesidad de «definirse», como se decía en la época, o al miedo, dados sus antecedentes sorianos, es difícil de determinar, como en tantos casos).

Según puede comprobarse en la amplísima relación de escritos final, ya desde el 31 de julio de 1936 *El Adelanto* de Salamanca, que se adhirió a los golpistas con portadas casi obscenas, se convierte en su medio de expresión exclusivo, con artículos que, mudando sus temas habituales hasta entonces, se volcaron en su mayoría a lo ideológico y la propaganda. Basta un ejemplo para ilustrarlo. Desde sus primeros artículos, de los que se ofrece una generosa muestra, Palacio supo ver que la cuestión agraria, más allá de sus límites provincianos, era el gran problema nacional. Sin embargo, la agudeza lúcida del diagnóstico fue con el tiempo torpedeada también por la ceguera de la ideología y, de este modo, no advirtió

cómo la labor de la República, con su reforma agraria, pretendía atajar algunos de los problemas (el rentismo caciquil, el absentismo, la emigración sin ventura o la despoblación de las tierras) que, desde su juventud, había denunciado insistentemente en la prensa. Quizá porque el cambio de régimen lo vivió como una fractura al remover «en lo más profundo sus cimientos ideológicos», ya asentados en el orden del conservadurismo cada vez más reaccionario, como se encarga de explicar JRJ. Lo interesante es que la biografía consigue mirar más allá del biografiado y, al verlo en su siglo, da cuenta de la progresiva ceguera que constituye la deriva del regeneracionismo, desde el progresismo liberal y pedagógico de estirpe institucionista al conservadurismo radicalizado y atrapado en la farsa nacionalista de la tragedia que, también para este episodio de la cultura, supusieron la Guerra Civil y el franquismo.

Complemento de la biografía, «la obra de un periodista regeneracionista» ofrece una ponderada aproximación al quehacer periodístico de Palacio —en el que esa ceguera es sólo la deriva de un recorrido amplísimo— y enriquece también, en retrospectiva, algunos aspectos abordados en su trayectoria vital. JRJ sistematiza la ingente cantidad de artículos de acuerdo con sus temas recurrentes (regeneracionismo, Castilla, educación, comunicaciones, regadíos); analiza sus líneas fundamentales y los inscribe en sus coordenadas histórico-culturales, en las que el regeneracionismo vuelve a constituir la clave interpretativa. Vista ahora con mayor profundidad, su labor como periodista, fruto de una vocación muy temprana (desde los quince años) y extraordinariamente intensa y constante y consecuente, obedece a una concepción del periodismo como un servicio a la sociedad imprescindible para el intento de su necesaria modernización. Y del mismo modo, desde los escritos primeros, Palacio deja claro su entendimiento del periódico (al menos en la teoría) como «portavoz de toda convivencia pública»; como un espacio cívico de encuentro y libertad y un instrumento determinante de educación y concienciación que, como ilustra a la perfección en sus artículos sobre el ferrocarril, debe servir para hacer despertar a las gentes de su letargo y concienciarlos de los derechos por los que deben luchar: «los pueblos que quieren triunfan». A despecho de su formación limitada, Palacio adoptó el ideario de Joaquín Costa («educación y despensa») como referencia,

al que, en su combate contra la España caciquil, añadió después, gracias al clima intelectual soriano, como se ha visto, el ideario de la ILE y otras referencias de pensamiento como Unamuno. Se entienden así algunas frases que, en su rotundidad, son verdaderas proclamas de esa tradición: «Con cultura verdadera, hay fe, y hay esperanza, y hay redención segura»; o su creencia de que España podría ser «poderosa y fuerte» con un programa agrario, desarrollo de las ciencias, expansión pedagógica... y «dos docenas de hombres como Cajal». Sin embargo, esta orientación de su periodismo, como muy bien ha advertido JRJ, facilitó, ya en los años de crisis tras el fin de la Gran Guerra, la impregnación de su discurso de un creciente nacionalismo que iría orientando sus posicionamientos hacia un regeneracionismo político cada vez más conservador. Y con todo, al considerar estos artículos en perspectiva (de ahí la virtud de contar con la biografía previa a que me refería), se advierte cómo, ya desde el principio, quizá con cierta inercia, Palacio se deslizaba hacia esos extremos a la menor ocasión. Quizá porque en el fondo latían esas simpatías políticas que siempre mantuvo hacia los políticos conservadores y que le valieron algunos entredichos sobre su independencia periodística, según explica JRJ al abordar su relación con Juan Aragón y Martínez, abogado descendiente de indianos enriquecidos en México, y a la sazón sostén económico de *El Porvenir Castellano*, donde acabó publicitando su propaganda política, o con el vizconde de Eza y sus centros de irradiación.

Esta cartografía de su vasta producción da paso a una generosa y atinada antología que apenas si es muestra exigua de los más de mil trescientos escritos, firmados o con pseudónimo comprobado, que JRJ consigna en relación cronológica, de 1900 a 1936 (el último aparecido el mismo día de su muerte) y que, a su juicio, además de destacar por su valor testimonial y la actualidad de sus inquietudes, «de otorgan un espacio propio entre los escritores regeneracionistas aragoneses del cambio de siglo». La antología, en despliegue coherente con el análisis previo, vuelve a fundarse en los asuntos centrales de los textos, sobre los que la prosa de Palacio, conspicuo ejemplo de la retórica de su tiempo, «que no tiene lira pero viste lenguaje sincero», según él mismo escribió *El Diario de Huesca* en 1909, vuelve una y otra vez. Encontrará el lector los siguientes apartados: periodismo y regeneración (donde queda manifiesta su

concepción trascendente del periódico); despoblación y emigración (en que aboga por formar a los emigrados en la nueva realidad que van a encontrar, o defiende la acogida de los repatriados); educación (para el Palacio regeneracionista «el problema de España es un problema de Educación», de ahí la contundente denuncia de su abandono, la defensa del respeto hacia el maestro y de sus condiciones materiales: «la primera libertad de todas es la libertad económica»); comunicaciones (rotunda defensa de la necesidad del ferrocarril como vertebrador de los territorios aislados y mejora de su economía); regadíos (entendimiento de la agricultura como motor económico, y regulación del agua, sin la cual no hay nada); paisaje humanizado (donde afloran sus raíces institucionistas, buscando hacerlo más habitable y útil pero sin destruirlo); Machado (el recuerdo y homenaje al amigo, sección que JRJ ofrece de forma íntegra); crónicas de viajes e historia de Soria (con fotografías de las tierras sorianas a modo de ilustración de los artículos del Palacio más divulgador, en la tradición del conocimiento del pasado para el buen construir de la nación buscando dar al traste con sus tópicos, de ahí que pidiera a los arqueólogos alemanes que trabajaban en Numancia que dijeran que «España no es un país exclusivo de bailarinas y toreros»); y es también el Palacio más literario, un escritor de impresiones y paisajes, con una prosa que se desliza con agrado a la estampa poética, a menudo ensoñada en su contemplación).

Si este libro, en su pretensión de «dotar de biografía y bibliografía», se convierte en la referencia indispensable sobre la vida y escritos de José María Palacio, la voluntad de recuperación que lo alienta hace que no se agote en sí mismo, ofreciendo, con honestidad intelectual no siempre frecuente en estas disciplinas y según la pauta que debe regir el progreso de la investigación universitaria, tanto referencias inexploradas como las pistas de numerosos senderos por los que, con esta obra como inexcusable punto de partida, será mucho más fácil transitar. Especialmente los relativos a su quehacer como periodista y, más aún, corresponsal, con firma en más de setenta cabeceras, en medios nacionales, europeos (la cuidada revista *Hispania*, de Londres) y americanos (*La Prensa* y, sobre todo, *La Nación* de Buenos Aires) o, más concretamente, el trasfondo de sus escritos agrarios de las décadas veinte y treinta.

José María Palacio Girón ha dejado de ser meramente una nota filológica en un poema de Machado. Al recuperar la figura de este «regeneracionista aragonés recriado en Soria» («esta tierra que merece todos mis afectos y todas mis predilecciones», pues ya escribió Machado en el segundo de los sonetos de «Los sueños dialogados: «Mi corazón está donde ha nacido, / no a la vida, al Amor, cerca del Duero»), JRJ, por las mismas soriano recriado en Aragón, asume el libro como un reconocimiento que obedece a «un acto de justicia». Y no en vano su sentido –si no es errada mi lectura– se nos ofrece como una lección de la necesidad de la memoria y el riguroso conocimiento del pasado en un tiempo tan dado a la caducidad de la inmediatez y a las trampas del olvido. Basta reparar en los temas que vertebran una y otra vez sus escritos –de la indispensable educación que garantice la conformación del civismo ciudadano a la defensa del periodismo como salvaguarda de la sociedad libre pasando por la despoblación y las imprescindibles infraestructuras modernas que permitan su habitabilidad digna– para darse de bruces con su enquistamiento como problemas sociales todavía sin respuesta, especialmente en los pequeños territorios. Con las casi quinientas páginas que, al menos, han podido sacarse del trasluz de unos versos, José María Palacio ha sido rescatado del poema que lo inmortalizó, expandiendo su vida y su obra más allá de lugares subsidiarios o episodios anecdóticos, para reintegrar su figura y su palabra en su tiempo: como necesario engranaje explicativo de la aún por escribir, con sus luces pero también con sus claroscuros y sus sombras y sus nieblas, *Historia del regeneracionismo español*.